



Los días rojos
de la memoria

Memorias de
Longinos Lozano



**Los días rojos
de la memoria**
Memorias de Longinos Lozano

Ilustración y diseño,
Ana Peñas

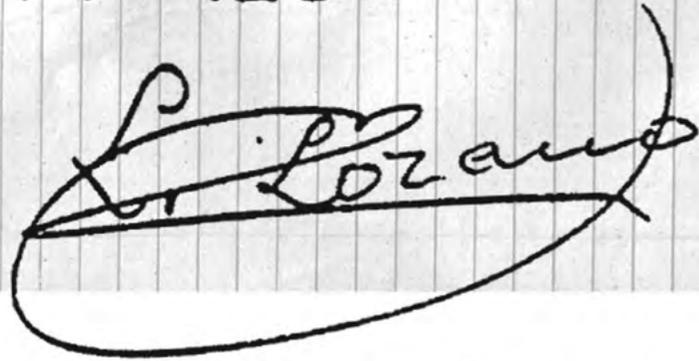
Casa-cuartel de los Isidros

Nacido el 4 de Julio 1916
Longinos LOZANO
Calle Valencia Nº 6
LOS ISIDROS
Requena, (Valencia)
Tº 96. 233-50-98

LOS ISIDROS

'Sin libertad, yo, no quería vivir!
Así fue mi lucha contra la dictadura
Franquista del 18 de Julio de 1936
al 23 de Octubre de 1975 que murió
el dictador Franco

Firmado



Entrego mis memorias y
que fue mi lucha defendiendo
la democracia y la libertad
en España a



I. Mi lucha contra la dictadura

¡Sin libertad no podía vivir! ¿Por qué me opuse a la dictadura franquista? Quisiera dar las razones a todos cuantos lean mi libro, convencido de que todos mis lectores verán la veracidad y sacarán la conclusión de mi justa oposición y lucha.

Solo los que hayan nacido para ser esclavos, sólo los que no quieran vivir con libertad y justicia, sólo los que gustosos acepten el látigo del tirano y ... sólo los tiranos que sirven al dictador, porque en esa represión feroz contra el honrado pueblo trabajador ellos acumulan sus riquezas al imponer al que trabaja una vida de miseria, sólo éstos no estarán de acuerdo con las razones que a continuación expongo.

¿Cómo se produjo la dictadura? ¿Qué hizo la dictadura en España? Antes del 18 de Julio de 1936, fecha del golpe de estado militar, en España había una república democrática elegida por el pueblo en las elecciones del 14 de abril de 1931 que pusieron fin a la monarquía de Alfonso XIII. Ya estamos en una republica democrática de libertad para todos, amigos como enemigo de ella; al pueblo ya se le dan derechos que antes no tenía. Los militares juraron fidelidad y defender la república.

¿Por qué en España no fueron fieles a ese juramento? Esta es la razón de mi lucha durante la guerra del 18 de Julio de 1936 al 27 de Marzo de 1939 en las filas republicanas.

¿Qué hizo la dictadura en España? Desde su primer día, sin respetar ningún derecho del hombre, ninguna ley de defensa de la persona, se dedicó a detener a toda la oposición llenando las cárceles, matando sin juicio ni defensa alguna, torturando y fusilando a miles y cientos de miles por el simple hecho de haber estado en el lado republicano, así como por rencores personales, que la mayoría bien conocemos.

¿Qué hizo contra los agricultores?

Los agricultores trabajaban sus tierras de día y de noche, horas y más horas para poder comer ellos y sus familias, sembrando trigo, cebada, avena, patatas, legumbres, cultivando los olivos para tener aceite.

¿Qué hizo la dictadura contra ellos? Obligarles a que todos sus productos los mismos agricultores los llevaran a los almacenes que la administración fascista tenía y que manejaba sin control la camarilla que servía al dictador. Los precios que ellos pagaban al honrado agricultor eran de miseria. Con la ración de pan para todo un año no tenían ni para seis meses. Sólo había en la población laboriosa hambre y más hambre, niños raquíticos y muchos tuberculosos, incluso muriendo por falta de alimentos. ¡Esta fue la vida de la mayor parte de los agricultores!

Los que no conocisteis aquellos años os preguntareis. ¿Qué hacían aquellos señores que representaban a la dictadura con los productos que a los honradísimos agricultores obligaban a llevarles a sus centros?

Los mayores todos lo sabemos y yo os lo explicaré; así vosotros podréis decir a los que vengan detrás lo que hizo y fue la dictadura franquista. Una vez las cosechas de los agricultores en los centros, esos representantes las sacaban y vendían como querían a unos precios multiplicados. Esto se llama “mercado negro”; así resultó que, mientras el pueblo trabajador se moría de hambre, estas jerarquías se hicieron millonarios. Se les llamaba “los nuevos ricos”, pues yo creo que del trabajo honrado son pocos los que hacen fortuna.

Quiero hablaros de mi para que los que no me habéis conocido antes me conozcáis ahora. Desde muy joven, serían los ocho años, empecé a trabajar. Siempre me comporté todo lo mejor posible, creo no haber hecho daño a nadie y si los favores que me pidieron (siempre que me fuera posible). No creía tener ningún enemigo (ni menos por ideas), pues yo siempre pensé, y pienso hoy, que sólo hay dos clases

de personas: buenas y malas. Pero, por rencores de familia, al terminar la guerra comprobé que dos parientes míos, hijo y padre (éste último hermano de mi madre) como alcalde y jefe de Falange de Los Cojos informaron mal de mí en 1939, lo que hizo que me condenaran a muerte.

Rápidamente en mi pueblo las personas honradas y de orden firmaron un papel que decía: “nosotros los firmantes declaramos que Longinos Lozano García, el tiempo que le conocemos aquí nadie puede decir mal de él firmado: Gregorio Salinas, José Sáez, Daniel Ribes, etc.”.

El hermano de mi madre (como alcalde) llamó a Gregorio Salinas diciéndole que se atuviese a las consecuencias por haber firmado.

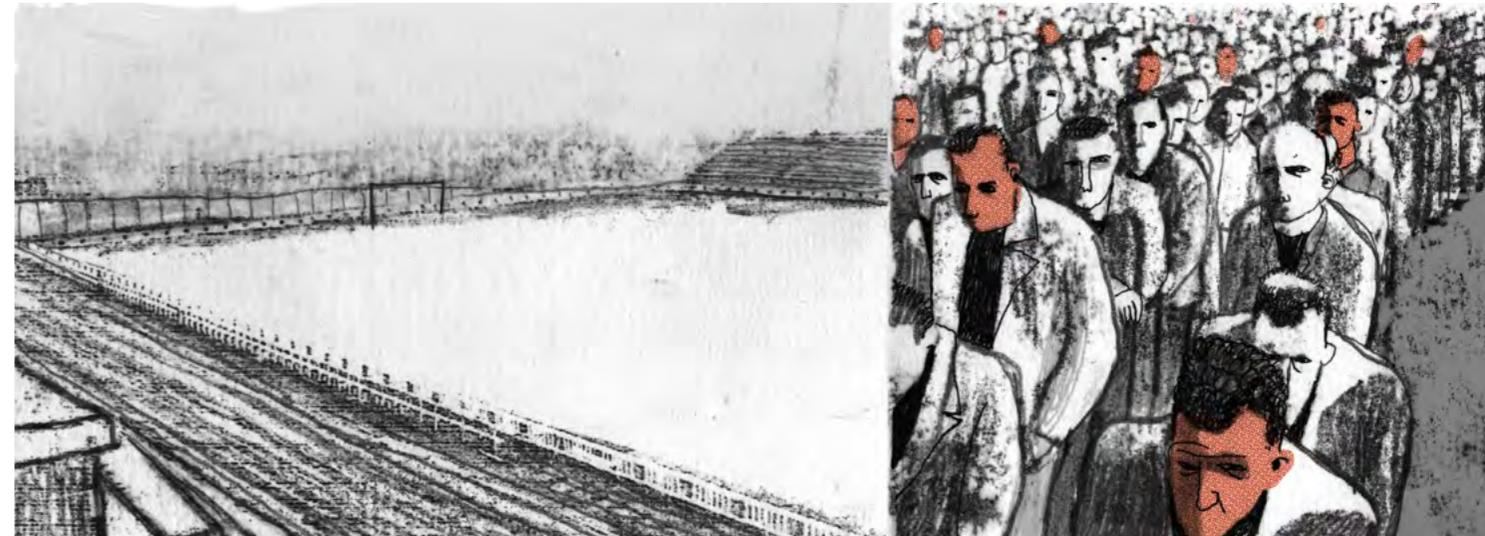
II. 18 de Julio de 1936

Ese día, como todos sabéis, se sublevó el ejército para derrocar a la república haciendo la guerra contra el gobierno LEGAL hasta el primero de abril de 1939 -en el que ocupó todo el territorio de España causando cientos de miles de muertos.

Mi lucha estaba al lado del régimen legalmente constituido en las elecciones del catorce de Abril que dieron el triunfo la república. Luché tanto como pude para que no triunfara la dictadura y para continuar con la república, régimen de democracia y de libertad. Ocupé el cargo de comisario de compañía, cargo en el cual defendí la causa republicana lo mejor posible hasta el 27 de Marzo de 1939 en que los fascistas entraron a Madrid.

III. Campo de concentración de Vallecas

Los miembros del ejército republicano fuimos a los campos. Allí dijeron los fascistas por altavoz: “¡Sargentos, tenientes, comisarios y mandos, que salgan!”. Yo salí, muchos y muchos y muchos salimos, teníamos tranquila y muy limpia la conciencia: nadie tenía que reprocharnos ningún delito, nada. Yo estaba confiado en la gente de mi pueblo, nada podía decir mal de mí. Además, yo había leído en Madrid, pegada en las paredes, la propaganda de Franco que decía: “nada tienen que temer aquellos



que en un principio no estuvieron con nosotros ni aquellos que figuraron en las filas rojas". ¡Yo estaba en este caso! ¿Por qué esa propaganda fue un engaño? ¿Por qué me condenaron a muerte por falsos informes de rencor de familia? ¿Por qué esa justicia no me dejó llevar pruebas de que se trataba de un rencor de familia?

IV. La cárcel

Así fui condenado a muerte el 11 de Agosto de 1939 en Alcalá de Henares (Madrid) y gracias al papel que honradas personas que de mi pueblo firmaron, a los dos meses de estar en celdas me levantaron la pena de muerte por la pena de treinta años de reclusión mayor.

V. En celdas

Comprenderán mis lectores mi vida en la celda. Todas las noches la "saca" de madrugada al cementerio de Alcalá de Henares. Eran fusilados así todos los días veinte o veinticinco republicanos y algunos días más.

Oíamos los cerrojos, abrir las celdas, los guardianes y la guardia civil nombrando y sacando lo mejor de España: fulano de tal, fulano y fulano; en unas celdas sacando uno, en otras dos en otras tres; y ya oyendo que se aproximan a tu celda, que la abren y ves a un guardián que lleva un papel con la lista y que nombra uno, dos y hasta tres.

¡Qué palabras de estos valerosos amigos que saben que mañana por la mañana al amanecer estarán muertos! ¡En fin, esta noche no me ha tocado! ¿Y mañana? y ¿Por qué delito me fusilan?: por haber defendido al gobierno legalmente constituido, por haber luchado en el ejército de la República.

VI. De Alcalá de Henares al penal- fuerte de San Cristóbal (Pamplona)

En este penal las condiciones eran inhumanas: subterráneo, con sólo un pequeño cuadrado en el centro, de modo que pocas veces veíamos el sol. Así, los dos años que allí estuve nos alumbrábamos con la electricidad.

El frío era terrible. Primero dormíamos en el suelo, que era de grandes piedras, húmedo, con solo una manta (si a aquello se le podía decir manta); después nos dieron un petate, o sea un colchón de hojas de maíz pues juntándonos dos y tres así con la manta de cada uno nos dábamos juntos más calor.

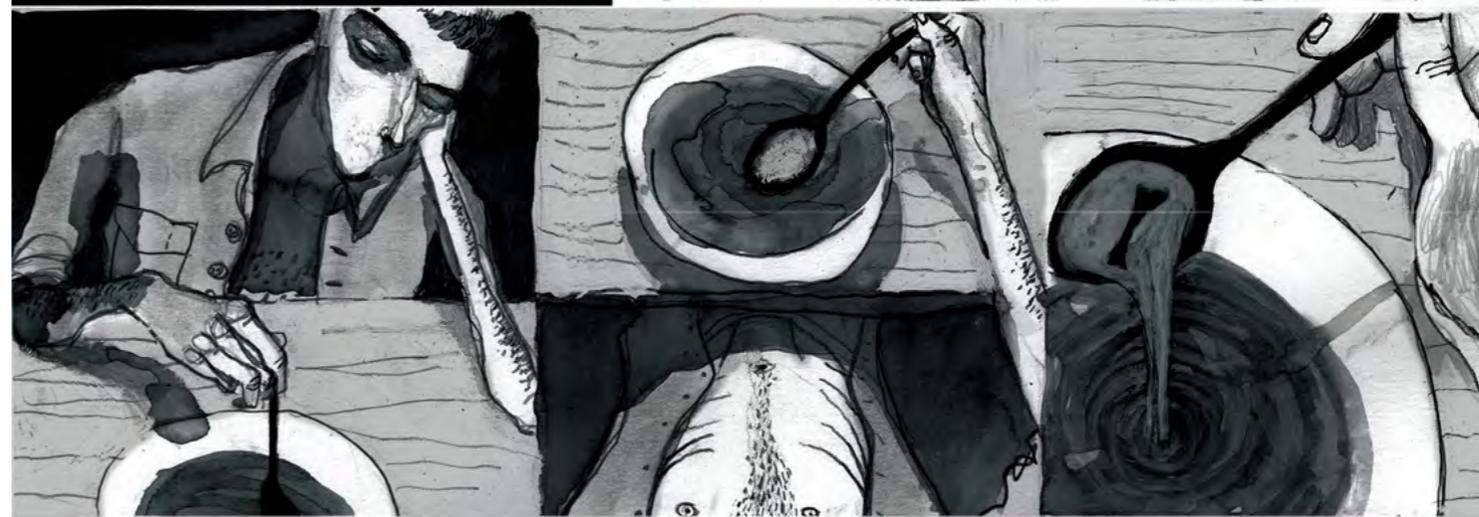
La comida era para morir, como así ocurría: todos los días morían compañeros. Por las mañanas nos daban un cazo de café (que no tenía café); a mediodía una "sopa" con los huesos que traían del matadero de Pamplona con un poco de arroz y mucha agua, un chusco de pan; y por la noche los huesos ya cocidos se machacaban bien y con esa sustancia se hacía la sopa con unas migas de pan. Los primeros aun cogían alguna miga; para los últimos solo caldo con muchos huesos.

Tengo fotografías hechas dentro de la prisión; se me puede ver con una boina, la chaqueta, los pantalones y yo en los huesos, pues mi estatura es de un metro setenta y pesaría entonces cuarenta kilos; con unos meses más en el penal me habría muerto.

VII. En libertad

Yo tenía un buen primo carnal en Madrid haciendo el servicio militar. Su lavandera tenía un tío que era amigo de un capitán de la auditoría de Madrid (donde estaban todos los expedientes de los presos).

SI SE VISITASEN LOS ESTABLECIMIENTOS PENALES DE LOS DISTINTOS PAISES Y SE COMPARASEN SUS SISTEMAS Y LOS NUESTROS, PUEDE ASEGURAROS SIN TENER A EQUIVOCARME QUE NO SE ENCONTRARIA REGIMEN TAN JUSTO, CATOLICO Y HUMANO COMO EL ESTABLECIDO POR NUESTRO MOVIMIENTO PARA NUESTROS RECLUSOS"



Mi primo se enteró de que ese capitán, por dinero, sacaba a algunos presos. Así se lo comunicó a mi madre y aceptamos, con la condición de que al salir yo mismo le entregarla la suma convenida. Y así fue; al mes de dichas gestiones yo salí en libertad fui a llevarle el dinero. Creo que fueron tres mil pesetas.

Recuerdo como los cerrojos de las varias puertas del penal San Cristóbal se me abrieron sobre las once de la mañana. Al salir, ver el sol y darme el aire me subió a la cara como un color de quemado y yendo por el tren hacia Madrid, antes de llegar a la capital, se me puso toda la cara en pupa como un eczema: parecía un monstruo. A punto de caer tuberculoso, sin fuerzas y con la cara en aquellas condiciones, decidí quedarme unos días en Madrid para reponerme y ponerme pomadas en la cara con el fin de ver si podía mejorar algo y no impresionar tanto a mi familia.

Unos días después salí para mi pueblo: Los Cojos—Los Isidros, provincia de Valencia en donde a la llegada del coche de viajeros me esperaban mi madre, hermanos y numerosos amigos. Puedo decir que apenas me conocían. Drama y llantos al verme como una momia, en los huesos, la cara toda inflamada y cubierta de pupas o eczema; mi familia lloraba asustada como bien comprenderán mis lectores.

Pocos días pude estar reponiéndome en casa al lado de mi familia, ya que fui llamado para hacer la mili a “batallones de trabajadores penados”, o sea, a trabajar a pico y pala con poca comida y trabajando como esclavos. De Valencia me llevaron a Yeserías — Madrid; aquí preparaban los batallones para enviarlos a trabajar en varios lugares de España. El batallón en el que ingresé lo llevaron a Toledo para construir la nueva academia militar, junto al Castillo de San Servando; o sea, frente al Alcázar al otro lado del río Tajo. Con el dinero que la familia nos mandaba, teníamos que ayudar a la comida para poder subsistir, pues había poca comida, mucho

trabajo de pico y pala y si te descuidabas un poco, muchos palos.

Por todo ello, en mí se fue creando y madurando la dureza, forjándose mi conciencia sólida para resistir a todo peligro que de esa dictadura me pudiera venir.

¿Por qué la dictadura me condenó a muerte? ¿Por qué me hizo sufrir tanto? ¿Por qué me quitó de la vida los mejores años de mis veintitrés a mis veintiocho años, además del gran sufrimiento de mi madre, hermana y hermanos año tras año?

Comprenderéis, estimados lectores, mis razones para oponerme con todas mis fuerzas en todas las ocasiones y en todo momento, al nefasto régimen de la dictadura franquista, sabiendo que el único delito que podían imputarme era el ser demócrata y amar con toda mi alma la libertad.

¡Oh libertad! ¡divino tesoro! ¡Vale la pena morir por ti antes que soportar una dictadura! ¡Tengo lástima de aquellos que no te conocen!

Estando en la prisión yo pensaba con frecuencia en esa frase que dice: ¿Qué es la prisión? La prisión es un lugar para redimir a los hombres.

Yo, por experiencia, no estoy de acuerdo con esa frase y más bien diré: ¿Qué es la prisión? La prisión es un lugar donde se forjan los hombres!

Motivos tenía para aceptar lo que fuese con tal de debilitar la dictadura, aunque yo supiese que de haber un fallo sería fatal para mí.

La ocasión se me presentó estando en ese batallón de trabajadores penados en Toledo. Además de nosotros había trabajando presos que tenían diversos oficios: albañiles, carpinteros, etc. A éstos los sacaron de las cárceles (casi todos tenían condenas de treinta años) y redimían la pena por el trabajo, o sea, por un año de trabajo les reducían la pena, pongamos cuatro años.

Las condiciones de éstos presos eran bastante malas: por el día a trabajar en aquella gigantesca obra, la Nueva Academia Militar. guardados por la

Guardia Civil todo alrededor de la obra; de diez en diez metros un guardia vigilando.

La ropa de estos presos era diferente a la nuestra ya que todos trabajábamos juntos: nosotros traje caqui de soldado con un gorro redondo marcado con una “P” mayúscula que quería decir penado; ellos, los presos, ropa de otro color espesa, botas diferentes; en fin, nos distinguían bien y no era posible que un preso se fugase mezclándose entre nosotros a la salida del trabajo. Por la noche los llevaban a la prisión; y así la vida de aquellos presos día tras día, año tras año.

Nosotros vivíamos a solo unos cincuenta metros de la obra en unas chabolas construidas de chapas metálicas, ocupadas por cuatro personas y como en la obra había una fuente cuya agua caía sobre una caja de vagoneta, entrábamos y salíamos a lavar nuestras ropas, así como a fregar los platos al terminar de comer y todo aquello bajo el ojo vigilante de la guardia civil.

Había dos presos (maños): José Lacarta y Antonio Mur que hicieron amistad conmigo y un día me dicen:

“Longinos, hemos observado en ti lo mucho que te han hecho sufrir sólo por tus ideas. Nosotros estamos en el mismo caso, te confiamos un secreto delicado. Estamos condenados a treinta años de prisión cada uno, ya ves la vida que nos hacen pasar aquí: mucho trabajar y poco comer; nosotros somos jóvenes y nos quisiéramos fugar, pero ya ves lo difícil que es, con tanta vigilancia ¿Qué te parece, Longinos? ¿Podríamos encontrar algún medio?”

Yo les dije: “miraré, mañana os daré la contestación y veremos”.

Efectivamente, por la noche en la chabola yo pensé y pensé cómo podría encontrar la posibilidad de proporcionarles la fuga. Así me vino la idea: como vestimos de manera diferente, como la guardia civil sólo mira la ropa, si yo les pasara dos trajes nuestros, dos gorros, en fin, igual que nosotros, yo creo que



tendremos suerte y los podré sacar conmigo. Al siguiente día, ya en el trabajo, les digo lo que había pensado por la noche; era el mejor medio que yo veía. Ellos aceptaron con alegría: ¡querían verse libres!

Al yo pensar facilitarles la fuga lo hice consciente de que al salir los tres por entre los guardias, si éramos descubiertos y nos cogían, inmediatamente ellos y yo seríamos fusilados ante unos cinco mil hombres que allí había, para dar ejemplo.

Llegó el día de la evasión: a un amigo le pedí su traje (teníamos dos) y cogí otro mío. Entró en la obra como si fuera a lavar y se los entregó a los dos presos; ellos se metieron entre una gran cantidad de madera que allí había para cambiarse de ropa. Yo, mientras, salí a mi chabola, cogí tres platos y entré. Ya ellos con la ropa mía les di un plato a cada uno, cogimos un poco de agua y dije: “¡Vamos!”. Salimos como fregando el plato por entre la guardia civil.

Al pasar por mi chabola dejamos los platos y bajamos junto al río por donde pasaba la carretera que desciende de la estación y bajo una alcantarilla nos esperaban mi amigo F. con el hermano de uno de los presos, que les trajo documentación falsa, un traje, camisa y zapatos para cada uno. Ellos se quitaron nuestra ropa, se pusieron el traje de paisano, ¡no parecían los mismos!

Nos abrazamos, les deseamos mucha suerte y ellos me dijeron: “Longinos, lo que vosotros habéis hecho son pocos los que lo hacen; todos nos hemos jugado la vida. Cuando salga el tren para Madrid desde la ventanilla ya os saludaremos con los pañuelos. El día que esto cambie ya iremos a Requena para celebrarlo.

Por la tarde oímos el tren salir, mi amigo F. y yo mirábamos y ¡qué emoción! ¡Qué bonito espectáculo presenciábamos viendo agitarse los pañuelos hasta que desapareció el tren hasta Madrid!

El segundo espectáculo fue ese día sobre las nueve de la noche. Mi amigo y yo decíamos: a la hora del recuento de los presos serán los ruidos. Así fue. En

el recuento, al faltar estos dos presos, surgieron por la obra y junto al campamento de chabolas en que nosotros estábamos decenas de luces buscando y a nosotros nos dieron una orden: ¡Qué nadie salga esta noche de su chabola! Orden de tirar al que se le vea fuera.

Mi amigo y yo nos reíamos en voz baja diciéndonos: buscar, buscar que a estas horas ya están lejos de Madrid.

De Toledo nos llevaron a trabajar a Bilbao Guecho, fortificando en la entrada de la ría, emplazando cañones. De allí pasamos a emplazar cañones antiaéreos en San Salvador del Valle.

Después, desde Bilbao, en un tren con vagones de los del ganado, atravesando toda España, nos llevaron a la provincia de Cádiz: estrecho de Gibraltar, Tarifa (Punta Paloma). Estuvimos trabajando como esclavos emplazando cañones en el estrecho y fue allí donde me licenciaron. Me marché así a mi pueblo donde mi familia me estaba esperando.

Yo creía que trabajando en mis tierras y ocupándome en una tienda de comestibles encontrarla la tranquilidad más que merecida.

Efectivamente, ya en mi pueblo, en casa junto a mi madre y hermanos empecé a trabajar en las tierras que teníamos y así todos los días incluso por las mañanas domingos y fiestas, pues yo siempre me decía: el trabajo dignifica a la persona. Todo el mundo debe trabajar para comer; comerás el pan con el sudor de tu frente, no hay nada de más valor que lo que consigas honradamente trabajando.

Esto fue lo que hice todos los días en mi Casa, hasta el dos de Agosto de 1946 en que, junto con mi madre, mi hermano y su esposa estábamos trillando trigo aliado de la aldea en la era “El pino de las eras”, cuando dos guardias civiles con fusiles en la mano se acercaron a nosotros y dijeron:

“¿Usted es Longinos?” Mi respuesta fue: “Si señor, yo soy Longinos”. Entonces un guardia me dijo “traemos ordenes de detenerle”.

Yo no lo creía, me parecía broma y contesté: “si que son ustedes bromistas”. Pero como volvieron a insistir en que me detenían, yo contesté: “bueno, aquí me tienen a su disposición, habrá un error, ignoro el porqué”.

En aquellos momentos saca el guardia las esposas y delante de mí madre y familia me las pone. Entonces mi madre, la cara toda colorada y asustada, dice: “¡Qué pena para una madre ver este cuadro en un hijo!”

Yo, unos metros delante me condujeron por el centro de mi aldea; a mi paso vi a una señora. María

de Trujillo, que me miró extrañada y con pena. Así llegamos al Cuartel de la guardia civil de Los Isidros; ya casi el sol se estaba poniendo ese día dos de Agosto de 1946.

Mi hermana me trajo la cena, cené y para pasar la noche me metieron bajo el hueco que tiene la escalera que sube a la garita de vigilancia que tiene el cuartel con sólo una pequeña puerta dando al interior del pasillo. Junto a la puerta de entrada, bien vigilada por el guardia que en la puerta estuvo toda la noche. Esta puerta estaba cerrada; en el hueco donde me metieron para pasar la noche apenas cabía



yo; no había ni colchón ni siquiera una manta para ponerla encima del cemento.

El calor era tan grande ese dos de Agosto que yo no podía respirar, me faltaba el aire, de vez en cuando se lo decía al guardia que toda la noche estuvo junto a la puerta, pero él algunas veces me decía: “tenemos orden de tener la puerta cerrada”. Otras veces no me respondía. No me quedó otra solución que agacharme como pude y por la separación entre la puerta y el suelo estar respirando. La noche me parecía interminable. Una noche que jamás olvidaré.

Mientras tanto yo me preguntaba: “pero ¿Qué es esto? ¿Por qué proceden tan inhumanamente conmigo? Seguro que a un delincuente, a un malhechor lo hubieran tratado mejor”.

Entonces yo comprendí que por haber estado en cárceles, por no doblegarme al régimen de la dictadura fascista, por considerarme ellos el enemigo político número uno de por aquellas aldeas, cualquier cosa que pasara, aun siendo inocente, tenía que pagarla Longinos, con los procedimientos bien conocidos le las torturas. Entonces comprendí el peligro que corría.

Así me vino la idea de que, siendo inocente, debía mirar la manera de fugarme, antes que morir de torturas.

Al día siguiente, tres de Agosto de 1946, mi hermana me trajo el desayuno. Le dije mis atenciones. Ella me dijo: “haces bien, intenta fugarte, que tengas suerte”.

Sería la una de la tarde cuando entra en el cuartel el jefe de la guardia civil y se dirige a la oficina con muchos guardias que en ese momento estaban allí.

Momentos antes de venir el jefe me dijeron que me sentara en una silla que pusieron a un lado en el centro del pasillo. Una vez sentado, un guardia de camisa de manga corta, sin el gorro, grueso, de unos dos metros de estatura, se paseaba de un extremo a otro del pasillo con mirada amenazadora. Al pasar delante de mí se paraba, se ponía de frente con los

pies en punta, para ser aun más alto, con las manos hacía como que se levantaba las mangas cortas de su camisa al mismo tiempo que se hinchaba para aparentar más fuerte. Pronto comprendí que todos esos gestos eran para impresionarme, pero también pensé que era el verdugo especialista en la tortura. Creo que no me equivocaba.

Se me aproximan dos guardias y me dicen: “venga con nosotros”. Yo los sigo, así como otros vecinos del pueblo que allí se encontraban: Felix Requena, su esposa, Eugenio Mislata y otro (creo que se llamaba Justo). Nos conducen hacia una gran sala donde había un banco; mientras todos avanzábamos, a mí me dice uno de los guardias: “Usted por aquí. pase al recibidor”.

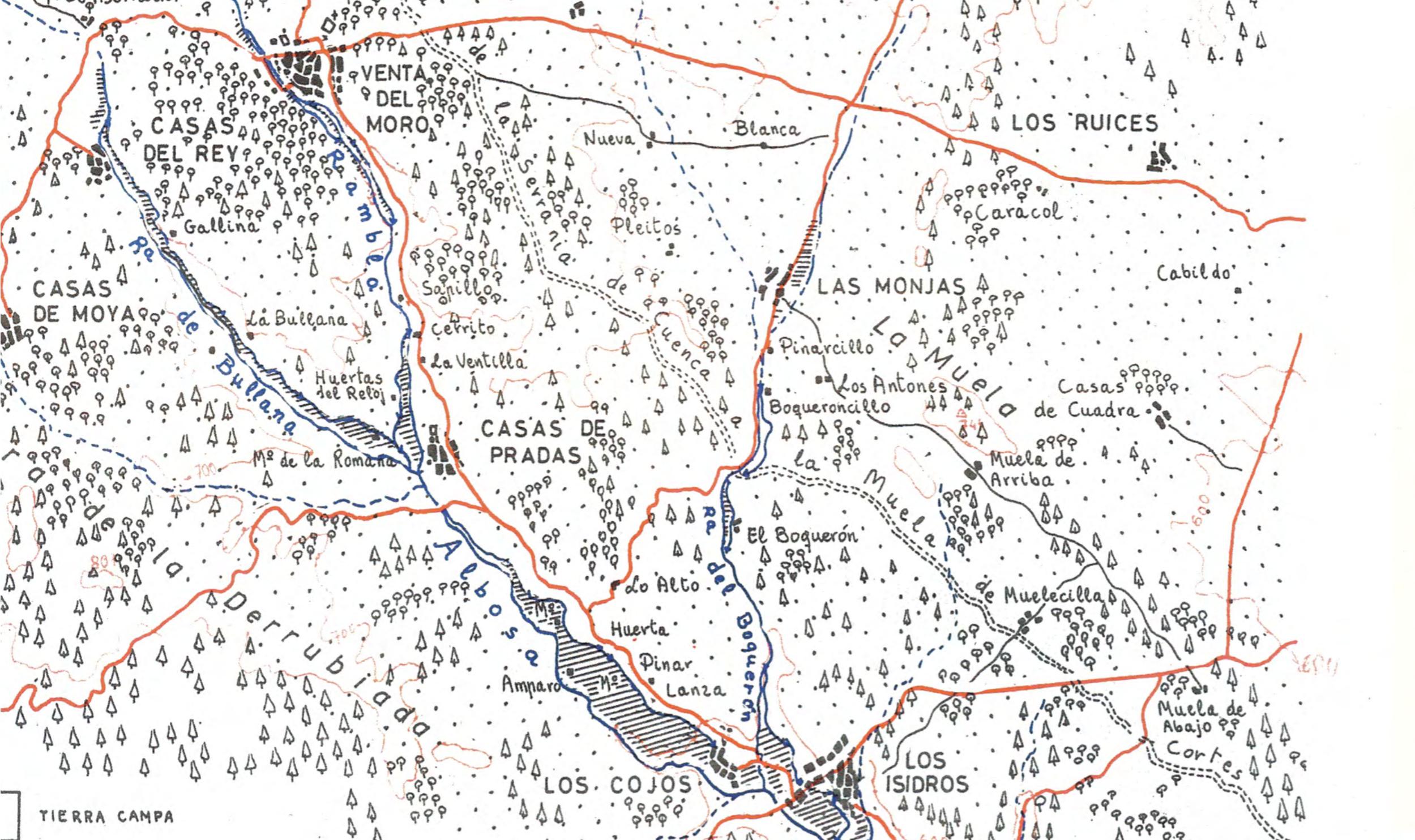
En esta gran sala había una puerta que daba a una pequeña habitación: “el recibidor”. Yo entro y lo primero que veo es el aparato eléctrico para torturar en el centro, y

detrás de la puerta toda clase de aparatos de tortura, entre ellos unas borriquetas (como las que utilizan los albañiles para montar los andamios) de tubos amarillos de algo más de un metro de altura (no me dio tiempo a medirlo), que después me enteré que sirve para echarse de espaldas y peso adelante y atrás hasta romperte la columna vertebral. Había también vergajos. En fin, para qué más.

La puerta de la habitación estaba abierta y había un guardia junto a la misma puerta, del lado de la sala, sentado, el fusil tocando con el cemento con la culata, mirando hacia los otros que estaban sentados. Al ver aparatos de tortura pensé en lo que me dijo en guardia: “pase al recibidor”. Efectivamente, allí es donde se “recibía”.

Miré en la habitación, sólo quedaba una pequeña y estrecha ventana, de unos treinta centímetros de altura por unos sesenta centímetros de largo (estas ventanas que suelen haber en los waters). Muy justo yo podía pasar por aquella ventana, y pensando que tendría que hacer algún ruido decidí arrastrar los pies





LA ALBOSA

TIERRA CAMPA

por el cemento hasta el lado del guardia en la puerta para sí al salir hacía ruido que no sospechara.

Todo esto que os relato ocurrió en un tiempo de segundos, quizá un minuto, pues de un segundo al otro debía entrar el jefe con el verdugo encargado de las torturas que antes ya se paseó delante de mí haciendo gestos para asustarme.

Arrastrando los pies en el cemento, haciendo ruido hasta el guardia, regresé, cogí una silla que detrás de la puerta en el interior de la habitación había y la puse debajo de la ventana. Primero llegué a la ventana con la mano desde la silla. Después puse los pies en el último transversal de arriba, así pude sacar el brazo izquierdo y la cabeza (todo era bien justo); después con la mano derecha saqué los pies y ya caí al patio. Corrí unos veinte metros que me separaban de un muro de un metro cincuenta aproximadamente, y ya estoy fuera.

Piensa querido amigo, cual sería mi alegría al verme fuera del cuartel prisión. Yo me decía: ¡Ya no sufro las torturas! ¡Ya no me metan ahí atado en esa habitación!. ¡Prefiero que me maten corriendo! así no sufro. Emocionado, pero con toda serenidad, corría como un galgo, tanto como podía para llegar a sitio oculto, monte o lo que fuese invisible desde el cuartel. Corriendo ya me alejo cien metros por la viña agachado, miro atrás y no veo a nadie ni oigo las balas; doscientos metros, trescientos metros; paso las huertas del Relame a quinientos metros, siempre volviendo la cabeza atrás. sin ver a nadie ni oír las balas.

Así llegué al reguero. Así crucé este pequeño arroyo, pero en vez deirme por el monte más cercano en dirección al cementerio y el Boquerón (porque sabía bien que cuando se dieran cuenta de mi fuga me buscarían por este monte, como así pasó). Me dirigí hacia la izquierda corriendo unos cuatro kilómetros, crucé la carretera antes que ellos se pusieran en comunicación con el cuartel de Venta del moro (distancia de diez kilómetros); pasé la

llanura de huerta, hasta llegar a una viña mía en el sitio llamado Casa de la Amparo, a sólo trescientos metros de esta carretera y desde allí, veía los coches de guardias civiles subir y bajar de un cuartel a otro.

Estaba oculto en la viña, lugar donde no podían sospechar que yo estuviera tan cerca de la carretera. Yo sabía ciertamente que la guardia civil me buscarla en el monte; ¿Y por qué?; pues por mis ideas democráticas, por haber estado en la cárcel, por no haber aceptado en ningún momento la dictadura, por amar tanto la libertad, por todo ello, era yo el enemigo número uno y en cualquier cosa que hubiera o pasara por aquella zona de Requena-Utiel-Venta del Moro, sería yo detenido y torturado aun siendo inocente.



VIII. Los maquis

En aquella zona decían: ¡Hay maquis! ¡Hay maquis!. Era el murmurar de las gentes. A mis oídos llegó la noticia: ¡se dice que hay maquis! Lo mismo llegó este rumor a la mayoría de los habitantes de esta zona.

Cuando la guardia civil me detuvo, al ver que delante de mi madre me pusieron las esposas... yo tomé las cosas en serio y pensé: debe ser por lo que dicen por ahí de eso de los maquis, así yo seré víctima inocente y la tortura será terrible.

Desde ese momento sólo pensaba en fugarme pues por mi experiencia de la guerra y la cárcel, sabía bien los métodos refinados de torturas de aquellos verdugos especializados; ¡Yo no podía morir en sus manos!

Pocas eran las posibilidades de fugarme, pero si de un millón existía una, la intenté a mediodía de ese tres de Agosto de mil novecientos cuarenta y seis. Ya

he relatado antes los momentos de mi fuga.

Testigos que allí había me han explicado después cómo el guardia que vigilaba la puerta de la habitación de torturas donde yo estaba, al no oír ruido mío en el interior, no hizo más que volver la cabeza sin levantarse de la silla y vio que yo no estaba allí; entonces dio la alerta a sus jefes, estos gritaron: ¡Guardias a las armas! Dicen que aquello parecía un infierno. Salieron los del cuartel en armas preguntando a los trabajadores que estaban trillando en las eras, así como a cuantas personas veían, si habían visto a uno correr, pero todos dijeron que no habían visto a nadie.

Mi madre y dos hermanos fueron llevados a prisión. Pasaron algunos meses y como la policía no consiguió localizarme, toman represalias contra mi familia, a mi madre la detienen: preguntas, interrogatorios: ¿dónde está su hijo?. Mi madre contestaba: “eso ustedes lo sabrán, yo sólo puedo decirles que mi hijo estaba trabajando en la era, ustedes se lo llevaron, dice que se ha escapado, mejor



pueden saberlo ustedes, pues nosotros no sabemos nada”. A mis hermanos las mismas preguntas: “¿Dónde está vuestro hermano?” Respuesta “Nosotros nada sabemos”. Y por ese delito de no saber nada pasaron casi dos meses en la prisión de Valencia.

IX. La tortura

Más tarde fue la terrible tortura a mi hermano en ese mismo cuartel de la guardia civil de Los Isidros. Le aplicaban corrientes eléctricas y otras torturas más un día y otro, hasta el punto de que los verdugos ya creían que estaba muerto. Llamaron al doctor de esta aldea, D. Pedro García, quien al ver a mi hermano sin moverse como muerto y todas las marcas de las torturas dijo: “¡A un médico se le llama a reconocer a un vivo, pero no a un muerto!”

Al poner la mano sobre el corazón y tocar el pulso, comprobó que aun estaba vivo. En ese momento se hizo cargo de mi hermano y por fin lo salvó. ¿Cuál era el delito de mi hermano? Que no sabía dónde estaba yo.

Pensad bien, reflexionad, analizad los que leáis mi libro lo que fue la dictadura, los métodos tan salvajes que empleaba contra las personas inocentes. ¿Qué tenía que ver mi familia para que se tomaran venganzas tan criminales contra ella y se les causara tantos sufrimientos? Yo tenía treinta años en mil novecientos cuarenta y seis. A pesar de ser inocente, suponiendo que me detienen, tiene otra explicación (aunque fuera injusto) el ejercer esa represión en contra mía, pero contra mi familia era inhumano. Así pensarás tú que me lees.

X. Casa de Amparo

Estando oculto en mi viña mi objetivo era alejarme de la proximidad del cuartel (cuatro kilómetros), pero al mismo tiempo tener la serenidad y tomar todas las precauciones para no ser visto por nadie. Lo mejor era caminar de noche. No quería responsabilizar a nadie pero necesitaba comer. ¿A donde ir que no me descubran? De ir a casa de alguien, que yo lo considere de mi confianza, pues sólo estaría un día, sabía que el peligro de la persona que me ayudase sería grande. Esto lo pensaba continuamente, pero necesitaba apoyo.

Estando en mi viña dos mujeres me trajeron de comer: la mujer de mi tío Victorio y la C. ¡Qué buen apetito tenía! El cuatro de Agosto decidí salir de mi viña. Un día allí era bastante; así, al obscurecer, salí acequia arriba por el molino de las Carrascosas hacia las Casas de Pradas. En esta aldea, a la entrada, tenía un buen amigo: iría a su casa a pasar un solo día; así me alimentaron, me afeitaría y con calma estudiaría la manera de alejarme.

Yo quería marcharme de aquella zona donde me buscaban en un radio de treinta kilómetros (Requena – Utiel – Venta del Moro – Villatoya) y no andar por el monte. Era el verdadero peligro; debía andar por carretera; el tren para llegar a Valencia lo antes posible alejarme de la capital donde para mi aun existía peligro; en fin marchar lo más lejos posible de toda aquella zona.

Llegué a casa de mi amigo J. a Casas de Pradas el día cuatro por la noche. Empujó la puerta, allí estaba el matrimonio. Al verme, su esposa se asustó un poco, pero él se llenó de alegría, me abrazó y dijo: “Longinos, estás en tu casa”. Yo le dije: sólo estaré una noche y mañana durante el día; al venir la noche saldré para Venta del Moro, una distancia de cinco kilómetros. Entonces me dice: “creo que te cogerán, te buscan por todas partes de día y de noche, te buscan por el monte, vigilan las carreteras



y las aldeas, hay muchas fuerzas de guardia civil. Yo le contesté: buscaré el medio de que no me cojan. Me dieron la cena y me afeité.

Al día siguiente, cinco, comí y en ese tiempo yo preparando la forma para salir al obscurecer hacia Venta del Moro; una distancia de cinco kilómetros. Yo pensé que tenía que ir por la carretera, sería más seguro. Yendo por el monte ciertamente me cogerían. Pensé: como en Venta del Moro hay farmacia, si encontrase una bicicleta y me echan el alto digo que voy a la farmacia a por medicamentos; pero ¿quién me presta una bicicleta?; era una responsabilidad muy grande, y yo no quería responsabilizar a nadie, o lo menos posible.

Pensando y pensando, trabajando mi pensamiento, se me ocurre una formidable idea y le digo a mi amigo: “¡Ya está, ya encontré la solución”. El me pregunta “¿Cuál?”, y yo le respondo: “mire, traiga una espuerta y una azada lo más vieja que tenga porque no las verá más.”

Como de Casas de Pradas a Venta del Moro hay huerta de riego al lado de la carretera, hasta la mitad de la distancia que pertenece a Casas de Pradas, yo voy con mi espuerta y la azada. Si la guardia civil me echa el alto: ¡Alto! ¿Dónde va usted? Mi respuesta será: voy a regar mi huerta. Y si ocurre en la otra huerta perteneciente a Venta del Moro: ¡Alto! ¿Dónde va usted? Responderé: voy para mi casa, vengo de regar mi huerta.

En Venta del Moro tenía una familia de toda mi confianza, la de la Señora Teodora. Yo pensé: aquí tengo apoyo, así poco a poco me voy alejando del cuartel a diez kilómetros. Y efectivamente así lo hice.

Agosto, día cinco, al obscurecer. Abrazo a este matrimonio tan valeroso, cojo la espuerta y la azada, dando la vuelta por las afueras de la aldea llegué a la salida para recorrer esos cinco kilómetros por la carretera con mi espuerta y la azada a las costillas. En el momento de emprender la marcha, empecé a

cantar el himno falangista “Cara al sol” pero en alta voz. Cuando me cansaba de cantar este himno, lo hacía silbando, y después cantando, siempre el “Cara al sol”, y así los cinco kilómetros de carretera. En resumen, que nadie me salió, y si es que la guardia civil estaba de vigilancia al ver a una persona con una espuerta y una azada cantando el “Cara al sol” debió pensar: esa persona no es el que anteayer día tres se fugó del cuartel.

XI. Llegada a Venta del Moro

Otra inmensa alegría en casa de esta familia al verme entrar en su casa donde fui objeto de toda clase de cuidados y atenciones. Allí tuve necesidad de estar tres días y cuatro noches, pues si antes anduve de un sitio a otro caminando por la noche, pensé que de Venta del Moro a Utiel, una distancia de quince kilómetros, debía andarla de día, y así lo hice.

El día nueve de Agosto, de madrugada, aprovechando la salida de los obreros agrícolas que salían a trabajar temprano con la fresca, yo salí también con mi espuerta y mi azada a las costillas en dirección a Utiel caminando por medio de las viñas, cantando y silbando siempre el “Cara el sol” y así los quince kilómetros.

En la última viña antes de entrar en Utiel, tuve que esperar que fueran las diez de la mañana, hora en que regresan los jornaleros a sus casas. En esta viña dejé la azada y la espuerta y la llené de sarmientos que corté.

Por los dos lados de la espuerta salían los sarmientos mal apañados con el fin de que pasando la cuerda por la cabeza me cubriesen completamente para no ser visto. En cambio, yo por entre las manos veía bien por delante.



XII. Entrada en Utiel

Ya me había alejado del cuartel que me fugué más de veinte kilómetros. En Utiel debía coger el tren para Valencia, pero debía pasar allí el día y la noche, pues conociendo a una familia fui con la espuerta diciéndoles que la había encontrado y pensando que ellos tendrían animales se los entregaba.

Les dije que mi viaje allí era para ir a Buñol a comprar habichuelas y que pasando la noche en su casa al día siguiente de madrugada cogería el primer tren. Con esta familia pasé la noche del nueve de Agosto y el diez de madrugada en el primer tren salí en dirección de Valencia: minutos después ya era de día, el tren se paró en mi pueblo (Requena), yo iba montando en el último vagón, miré por la ventanilla y vi que subieron una decena de personas, pues el tren se paraba en todas las estaciones hasta Valencia.

Yo pensé que en Valencia la policía estaría avisada de mi fuga y que bajar allí sería peligroso, así que decidí bajar en la anterior estación, Aldaya. En este pueblo tan cercano a la capital, al salir de la estación, cogí un tranvía (de los que entonces existían) y fui a casa de mi tía María en Valencia. Al entrar yo y verme mi tía y familia, bien recuerdo la alegría que tuvieron, pues ellos estaban al corriente de lo mío; les parecía mentira que hubiese llegado hasta Valencia, teniendo todas las atenciones de ellos aunque sólo estuve unos momentos.

Mandé que llamaran a mi tía Eusebia, la cual vino, y nos fuimos a las afueras de Valencia a Mislata, a un piso que tenía no habitado, al que todos los días me traían la comida. De aquí tuve que salir dos veces a casa de amigos, una a Campanar y otra por el mercado de Ruzafa, siempre con mirada larga por si alguno me veía y me podía conocer.

Desde el día diez en que llegué a este pueblo de Mislata hasta el diecinueve en que salí fueron nueve días que metido en aquel piso dediqué a preparar la

salida de Valencia y así alejarme de mi provincia lo más posible. Yo decía: “cuanta más distancia menos peligro”.

XIII. Valencia 19 de Agosto de 1946

Este día me sacaron el billete de tren Valencia–Toledo, ciudad que ya conocía. Sabía que era una ciudad tranquila en la que podría trabajar y organizar mi vida; tenía confianza. Esa noche la pasé en el tren y al siguiente día veinte llegué a Toledo.

Preguntando por trabajo, me dijeron que cerca de Puebla de Montalbán y de Burujón había en construcción un puente sobre el río Tajo. Me dirigí a dicha obra. pedí trabajo y, efectivamente, había; así que, al día siguiente veintiuno empecé a trabajar.

Como verán mis lectores, yo me fugué el tres de agosto y el día veintiuno ya estaba trabajando como puedo acreditar con las hojas de pago que aun conservo; sólo transcurrieron dieciocho días.

Para empezar a trabajar tenía uno que dar su filiación; yo dije que me llamaba Manuel Domingo Torres, nombre supuesto. Con ese nombre y apellidos me hicieron la cartilla del seguro de enfermedad y la cartilla profesional con mi fotografía expedida por la oficina del ministerio de obras públicas de Toledo; estos documentos así como otros papeles justificativos los conservo.

XIV. Mi vida de obrero

Empecé a trabajar para ganarme la vida honradamente (como así lo hice desde mi corta edad), pero necesitaba un domicilio. De esta manera, con trabajo y domicilio esperaría que fuese pasando el tiempo (que era mi objetivo) y día tras día, mes tras mes, ya miraría si encontraba algún medio de salir

de España donde tan buscado era, y refugiarme en Francia pues esta era la única nación fronteriza con España con la que no existía acuerdo de extradición. Tenemos otra nación con frontera que es Portugal, pero aquí existía otro dictador, Salazar, y entre los dos dictadores tenían un acuerdo de extradición. No podía refugiarme allí.

Los pueblos más cercanos a la construcción del puente sobre el río Tajo eran Puebla de Montalbán, con unos tres mil habitantes y cuartel de la guardia civil, y Burujón, con unos mil habitantes y sin cuartel, distante de la obra siete kilómetros que los obreros todos los días teníamos que andar para ir a la obra y regresar.

A mi me interesaba este último pueblo más pequeño, más tranquilo y sin cuartel. Como no había hotel para dormir, a los obreros que venían les pregunté si en alguna casa que tuvieran una habitación libre me la podían alquilar. Entonces dos obreros me dijeron que en alguna ocasión en su casa habían metido gente, se lo preguntarían a sus padres y al siguiente día me darían la contestación. Esa noche dormí en el almacén del cemento. Y, efectivamente, al día siguiente la respuesta fue afirmativa. Al terminar la jornada nos vamos para Burujón, llegamos a casa, presentándome ellos a sus padres y demás familia. Fue así como empecé mi nueva vida tranquila, con el nombre supuesto de Manuel Domingo Torres.

Mi vida pasaba de la mejor manera posible, me di cuenta de la honradez y la laboriosidad de aquella familia que no se había mezclado en nada gozando de gran prestigio entre los vecinos del pueblo. Así, observando el ambiente de los vecinos para ver si había curiosidad por los que llegaban al pueblo, vi que no había nada de eso. Era en su inmensa mayoría un pueblo muy trabajador y tratable, el sitio ideal para mí.

Haciendo honor a la buena educación que recibí de mis padres, mi comportamiento era ejemplar para

con todos cuantos me trataban. Así, poco a poco conseguí la plena amistad de la mayor parte del pueblo.

XV. El pueblo sin escuela

Trabajando en el puente yo ganaba para vivir y siendo muy amante de la cultura, sufría al ver que en un pueblo ya importante no hubiese escuela y la cultura fuera muy escasa. Siempre pensé que de un pueblo sin cultura hacen lo que quieren, una minoría lo lleva por donde quiere, privándole de la libertad, implantando la dictadura. A un pueblo con cultura no es fácil privarle de libertad; ve el peligro, sabe lo que quiere, no se deja engañar. Así decidí dar clase a los hijos de la casa donde me hospedaba y a unos amigos; eran unos diez jóvenes a los que enseñaba por las noches (gratuitamente, pues, como antes dije, con el trabajo ganaba suficiente para mí).

Poco a poco, el rumor por el pueblo corría: el señor Manolo que está en casa del señor Pablo y la señora Magdalena da clases y enseña mucho. Venían vecinos a verme por si quería dar clase a su hijo, otros a sus dos hijos y otros a sus tres hijos. Pensé que podía ganar para comer poniendo escuela por el módico precio de quince pesetas al mes, y así, al mismo tiempo, se realizaría uno de mis objetivos: dar cultura al pueblo. Así lo hice.

XVI. Mi vida de maestro

En una habitación con unas mesas y unos bancos puse la escuela. De día tenía dos clases y una clase por la noche para los mayores que durante el día trabajaban. Les enseñaba cultura general, pero más especialmente escritura, lectura y cuentas, que buena falta les haría en la vida para defenderse en aquel pueblo agrícola, pues la mayoría de ellos no sabía leer ni escribir ni cuentas, otros muy poco.

Todo el pueblo reconocía que mi labor como maestro era ejemplar. A los pocos meses todos sabían leer, escribir, las cuatro reglas (sumar, restar, multiplicar y dividir) y otras más. Puse el máximo interés en enseñarles la poca cultura que yo tenía y me fui compenetrando con el trabajador y noble pueblo que hasta yo mismo me creía que ese era mi pueblo.

Como había tan poca cultura, muchos eran los favores me pedían, unos para hacer papeles de compras o ventas entre vecinos, otros para escribir cartas; yo se lo hacía gratuitamente, pues ellos tenían conmigo toda clase de atenciones.

XVII. Los domingos a misa

Yo siempre respeté las ideas (yo digo que sólo hay dos clases de personas: buenos y malos). Siempre respeté las creencias; lo importante es hacer el bien que se pueda y no hacer el mal a nadie.

Los domingos asistía a la misa, allí nos veíamos todos los del pueblo, era el momento de hablar, yo de mi escuela y de mis alumnos, los padres haciéndome preguntas sobre sus hijos contentos al ver como aprendían en la escuela, los agricultores de sus trabajos, de sus cosechas, del tiempo bueno o malo. En fin, me tenían en alta estima.

Quiero relatar un caso: a la salida de la iglesia, un domingo en la plaza, estábamos en corro el señor cura, la guardia civil y algunos ricos del pueblo (éramos unos veinte). Sacaron la conversación de Franco, del régimen, de la guerra. Podéis pensar, lectores, como hablarían quienes en su mayoría eran servidores del dictador: que si el salvador de España Franco, que si los asesinos rojos, y de ahí para arriba lo que queráis imaginar. Entonces, yo como maestro, allí en la reunión pensaba: “señor Manolo, si no dices nada, alguno puede pensar mal de tu silencio; lo mejor será que la sueltes, pero “gorda”, porque la mentira cuanto más gorda más fácil es creerla”. El que había a mi lado empezó a ensalzar a Franco, y cuando él terminó ¡allá que voy yo!

Empecé diciendo (pero con genio y energía) que nuestro Caudillo pasarla a la historia como hombre más grande de todos los tiempos, que él nos había salvado, que todo se lo debíamos al Caudillo, y así continué un buen rato hablando barbaridades de ese estilo, contrario a lo que yo sentía como hombre demócrata y amante de la libertad.

Así pude estar cinco años más en el pueblo sin que algunos fanáticos pudieran sospechar de mí, y poder vivir en el pueblo haciendo mi buena obra de enseñar al que no sabe y haciendo favores a cuantos a mí se acercaban.

Como termina todo en este mundo, también debía terminar para mí la estancia en el pueblo. Siempre tomé mis precauciones para el día en que hubiese rumores en el pueblo acerca de mi persona, o en que la guardia civil me tomase la filiación o hiciese preguntas, poder salir.

¿Por qué salí del pueblo? Sin duda fue (así lo pienso yo) algún fanático-cacique del pueblo que habló con la guardia civil para que aclarasen quién y cómo era yo.

Un día fue la guardia civil a la casa en que me hospedaba preguntando por el señor Manolo. Allí les dijeron que en aquellos momentos no estaba pero



que estaba por el pueblo y aunque me buscaron y esperaron un buen rato, no consiguieron verme; yo estaba cuidando unas gallinas que tenía. La guardia civil dijo a los de casa: “cuando venga el señor Manolo, díganle que mañana por la mañana venga al cuartel a Escalonilla (a cinco kilómetros) queremos hablar con él.

Yo regresé a casa al obscurecer, y al darme la noticia contesté: “resulta que tengo noticias de que mi hermana está muy grave, debo ir a verla con toda urgencia”. En aquel mismo momento, fui a casa de dos vecinos pues uno tenía puesto en el ayuntamiento y amistad con la guardia civil, éste era buen amigo mío y sabía que al día siguiente, al no presentarme yo, la guardia civil vendría a Burujón y, en este caso, hablarían con él. A estos vecinos les dije que tenía noticias de que mi hermana estaba muy grave, que me iba a verla por unos días y que pronto regresaría.

Estos días yo los necesitaba para ver si podía pasar a Francia; de esa manera la guardia civil no haría ninguna gestión para buscarme y esperarían mi regreso. Así creo que ocurrió.

Al día siguiente vino la guardia civil al pueblo, al llegar a casa y decirle que me había marchado a ver a mi hermana que estaba grave, ellos contestaron: “qué casualidad...Ahora que nosotros lo necesitamos, su hermana está tan grave”.

A aquella familia empezaron a hacerle preguntas: que si sabían quien era yo; y como continuaban haciendo más y más preguntas contestaron: “ustedes hablaron muchas veces con el señor Manolo, saben que era el maestro; nosotros sólo podemos decir que era un señor muy reservado, correcto, con mucha educación dando buenos consejos y ejemplos, como así les dirán los vecinos del pueblo”.

XVIII. Mi salida del pueblo

En los últimos días de noviembre de 1951, aquella misma noche, salí con dirección Torrijos, pueblo importante a diez kilómetros con estación de ferrocarril. Debía coger el primer tren con dirección Madrid y desde la capital de España preparar la forma de refugiarme en Francia. Sabía que mi objetivo no sería fácil, la frontera estaba más que vigilada por la tensión de relaciones con Francia a causa de la actividad de la masa de españoles que allí se refugiaron a la terminación de la guerra de España en 1939. Pensé; si pagando pudiera encontrar a algún pescador y con su barca me pudiera pasar por el mar.

De Madrid fui a Bilbao y de allí a Santurce y Portugaete. En aquellos pueblos de la entrada de la ría, con tantos pescadores, podía encontrar alguno que se decidiera (pagando) a llevarme a Francia. Después de algunos días por aquellos pueblos hablando, pero con mucho cuidado, dando vueltas y más vueltas, no me fue posible encontrar nada.

Desde Bilbao decidí marchar a Gerona para aproximarme a la frontera y conseguí llegar a Castellfollit de la Roca, tan sólo a doce kilómetros de Francia. Mi emoción era grande al aproximarme a estos pueblos, al verme tan cerca del país de la libertad donde yo quedaría a salvo pudiendo tener correspondencia con mi familia. Mi decepción fue grande al llegar a estos pueblos, pues había tanta nieve que era imposible marchar. De haberlo intentado casi seguro me hubiesen detenido. Por dos razones: primero, sobre la nieve se ve a larga distancia; segundo, al andar por la nieve se produce ruido.

Regresé a Bilbao, volví a mirar otra vez entre los pescadores y no había medio alguno. Estando aquí, yo debía aproximarme a la frontera. Así me monté en el tren para San Sebastián aquí miraría también entre los pescadores a ver si había suerte. Después de dos días por el muelle preguntando entre ellos no fue posible.

Me informaron entonces que el Ayuntamiento estaba construyendo un salto de aguas para traerla a la capital y que sólo estaba a veinticinco kilómetros de la frontera y quizá habría trabajo. Fui al Ayuntamiento. Era un sábado, pedí trabajo en el salto de aguas y me dijeron que sí, me dieron un papel para que el lunes al llegar a la obra lo entregara en la oficina y a trabajar.

El Ayuntamiento tenía un camión que todos los sábados traía a los obreros a San Sebastián para pasar el domingo con sus familias y los lunes regresar al trabajo. Para mí era lo ideal marchar con los obreros en el camión; así con menos peligro estaría a sólo veinticinco kilómetros de la frontera.

Llegó el lunes. No hice tarde para estar en el Ayuntamiento de los primeros, y ya iban acudiendo los obreros. El camión llegó también y salimos para la obra. El papel que el Ayuntamiento me había dado lo presenté en la oficina y me pusieron enseguida a trabajar.

El trabajo era duro; en grandes muros había que echar piedras y masas de cemento. Las horas fuera del trabajo yo me iba por las alturas de los montes más cercanos, y me orientaba acerca de la frontera. Se veían lejos los montes que separaban España de Francia. Disimulando, yo hacía preguntas a obreros que trabajaban desde hacía algún tiempo allí, pues el sábado de aquella misma semana debía emprender la marcha para andar unos veinticinco kilómetros hasta llegar a Francia.

El viernes pedí la cuenta con el pretexto de que yo era un albañil de paleta más bien para obras de la construcción, sabiendo poner azulejo y demás trabajos finos, que marchaba a la capital, ya que en la obra no había este trabajo. Así lo reconocieron en la oficina; el sábado a mediodía me liquidaron las horas que había trabajado. Salí de la obra por aquellos montes ya orientado buscando las alturas. Me sentaba oculto (si había para ello), vigilando y mirando a lo lejos si algo se movía. Si todo estaba en calma seguía avanzando, siempre de altura en altura y así toda la tarde.

Tuve que esperar a que obscureciera para pasar por

el pueblo de Vera de Bidasoa; allí mismo pasaba el río Bidasoa y había un puente. Miraría si podía pasar por él ya que a nado el agua estaría muy fría esa noche del quince de diciembre de 1951 (las aguas vienen de las nieves de los Pirineos).

Estuve unos momentos parado cerca del puente, viendo algunas personas que pasaban de un lado para otro; me decidí a pasar en el mismo momento que un ciclista a pie con su bicicleta en la mano; y cual no sería mi sorpresa cuando habiendo entrado unos diez metros en el puente a la salida del lado derecho, a la luz de que fumaban, percibí los tricornos y las capas: era la pareja de la guardia civil; yo no debía retroceder, me verían y sería la sospecha.

Siguiendo adelante al lado del ciclista pasamos junto a ellos; el otro dijo buenas noches, yo miraba de reojo atrás viendo a lo guardias inmóviles; continué andando por el lado izquierdo del río por la carretera, y unos metros después salí por el monte muy despacio, a veces parándome y atento a los ruidos que pudiera oír. ¡Aquella noche fue larga para mí!

De madrugada, serían las seis de la mañana del día dieciséis de diciembre— pasé a Francia. La frontera era una especie de sendero en la montaña, en la vertiente Española. Al otro lado Francia. Aun pude ver unos mojones redondos; serían de piedra y blanqueaban, tenían algo más de un metro de altura; era la separación entre España y Francia.

Al cruzar este sendero, recuerdo que di un salto y dije: ¡Ya estoy en Francia! ¡Ya soy libre!; ahora podré escribir a mi familia, sabré de ellos, podrán venir a verme, trabajaré, les ayudaré, tendrán la recompensa de lo mucho que han sufrido. Me sentía feliz pensando en mi familia y que un día regresaría con ellos, pues estaba seguro de que el día que muriera Franco desaparecería la dictadura.



XIX. Estoy en Francia

Era domingo. A unos dos kilómetros se veía un pueblo. Esperé a que se hiciera bien de día y a él me dirigí llegando hasta la plaza en donde había hombres y mujeres para entrar en la iglesia. Les pregunté si pasaría algún coche de línea para San Juan de Luz o Bayona y me informaron que a las diez pasaría un coche para San Juan de Luz que estaba a una distancia de treinta kilómetros. En este tiempo de espera, entré

en una tienda de comestibles y cambié un poco de dinero, pues lo necesitaba para pagar el billete del coche y después el tren, con el fin de adentrarme en el interior de Francia, ya que cerca de la frontera no había mucha seguridad.

A las diez de la mañana llegó el coche y una hora después, estábamos en San Juan de Luz. De aquí en otro coche a Bayona, y desde esta capital por el tren a Toulouse.

En esta gran capital de Toulouse hablé con

refugiados españoles dirigentes de partido, les dije mi situación y el porqué me había venido de España. Ellos tendrían desconfianza en lo que yo les decía y nada hicieron por mí, pues medios sí que tenían para hacerlo. Así ocurrió especialmente con Muiño, dirigente socialista, que había sido segundo alcalde de Madrid; yo pregunté por Llopis, pero éste no estaba. Lo único que yo les pedía era que me presentaran a las autoridades para legalizar mi situación.

Abandonado por estos refugiados de Toulouse, me dijeron que en Lyon había muchos refugiados y muchas fábricas; no me quedaba otra solución que montar en el tren y marchar a Lyon. Al llegar a esta ciudad bajé del tren y, preguntando por españoles refugiados, pronto los encontré. Les expliqué mi situación y estos al momento comprendieron la veracidad de cuanto les decía. Uno de ellos, asturiano, Cesar Puente, dijo: “Es cierto, en la cara se te ve el sufrimiento”.

Me acompañaron a las autoridades en Givors para legalizar mi situación de residente en Francia, así como los documentos para trabajar y con ellos hacer la petición a la oficina de refugiados. En esta ciudad de Givors, al día siguiente de mi llegada, escribí a mi madre y hermanos para darles la feliz noticia de que estaba en Francia; así pasarían alegres Fiestas de Año Nuevo. A los pocos días recibí la contestación de ellos; pronto vendrían a verme, pensaba yo, pero aun pasaron dos años para que pudieran venir a verme.

XX. La llegada de mi madre

En la estación de París esperaba a mi madre; ya veo venir el tren ya para, yo de la parte delantera para atrás mirando hacia la ventanilla de los vagones; y que alegría al ver a mi madre en una de ellas. Exclamé: ...¡Madre!, ¡Madre! ... Ella lloraba: “¡Mi hijo, mi Longinos, ay mi hijo! En fin, mil exclamaciones de una madre y más en mi caso, ya que cuantísimas veces pensaría que ya no me vería más.

Todos los años venía a pasar dos meses conmigo. Era feliz mi madre, yo también era feliz, la quería mucho, yo la cuidaba lo mejor que podía, le compraba tantas cosas como ella quería para regalar a la familia y amistades; yo vivía para mi familia y quería ver a mis hermanos.

Para mi madre no hubo muchos impedimentos: le dieron el pasaporte para venir a verme; en cambio, si que los hubo para mi hermano Eleuterio, con todos los papeles exigidos para el pasaporte (certificado de penales. etc.) en la policía de Valencia no había medio de que le dieran el pasaporte: era hermano mío, esa era la causa. Durante cinco años le fue denegado el pasaporte, hasta que por la intervención de una buenísima persona de nobles sentimientos y muy católica se lo entregaron y vino a verme.

De Lyon me trasladé a trabajar a París: quería estar más cerca de la masa refugiada, estaba más al corriente de todo lo referente a España, aunque nunca me hice ilusiones de mientras viviera el dictador fuese posible volver a mi patria.

Así iban transcurriendo los años, día tras día, esperando la buena noticia de que el dictador había muerto. Por fin el día llegó.

El veintitrés de octubre de 1975 oímos en la radio que el embajador americano había enviado a su gobierno un telegrama que decía “Franco ha muerto”.

Aquí todos estábamos seguros de que Franco estaba muerto, pues un embajador (y más el americano) de no estar bien informado y seguro no envía un telegrama diciendo que Franco ha muerto. Como todos sabéis, en España no confirmaron su muerte hasta el veinte de noviembre, o sea, veintiocho días más tarde.

Desde un principio decían que estaba grave, que estaba mejor, que estaba gravísimo, y así pasaban los días. En París nosotros comentábamos que por razones políticas ocultaban la verdad, pero que en el momento en que impusieran a su manera la continuidad del gobierno, entonces anunciarían su muerte.

Fue el veinte de noviembre cuando anunciaron que Franco había muerto. A este respecto yo diré lo siguiente: el día en que murió Franco murió el franquismo; el día en que murió el dictador murió la dictadura. La dictadura murió, pero la democracia no la hemos conseguido.

Esa minoría que siempre sostuvo al dictador se opone por todos los medios a que se vaya consolidando una verdadera democracia, la libertad y la justicia para que el pueblo elija sus representantes y tenga los derechos que le correspondan. Esa minoría se opone a que desaparezcan sus privilegios, porque se les termina el aprovecharse de las riquezas del pueblo para ellos solos, riquezas que a todos nos pertenecen, porque ya no pueden hacer lo que ellos quiten como antes lo hicieron durante treinta y nueve años.

Nosotros, la mayoría del pueblo que no queremos dictadura, que somos justos y responsables, debemos dejar a un lado las discrepancias que tengamos, por encima de los partidos políticos debemos unirnos y trabajar juntos para conquistar una verdadera democracia de libertad y justicia para todos, pues los enemigos de la democracia están unidos y no cesarán en sus esfuerzos para volver al pasado.

Después de treinta y un años que salí de mi

pueblo, regresé desde Francia donde estaba refugiado. Fue el veinticuatro de julio de 1977 cuando crucé la frontera en los coches que hacen de trayecto París –Valencia. El coche iba repleto de españoles que iban a su tierra a pasar las vacaciones con sus familiares.

Durante el trayecto (unas veintidós horas) hubo tiempo de oír música con la que ponían los chóferes; algunos cantaban y también se habló del régimen de dictadura que había sufrido España durante treinta y nueve años, y que todos condenaban.

Hablamos de la nueva democracia; por mi parte, les dije que teníamos que trabajar mucho para consolidarla y conseguir la verdadera democracia para todos, que no debemos confiar que los demás o los vecinos te traerán nada a tu casa, somos nosotros los que debemos ganarlo. Un ejemplo: estoy seguro que si tu tienes una televisión, una nevera o muebles en tu casa, no es el vecino ni nadie el que te los ha comprado, eres tú quien te los has ganado. Nos quejaremos de que la democracia que tenemos no es perfecta. Pero ¿Es que nosotros hicimos algo para traerla? Nada hicimos.

Los que lean mi libro, creo yo, estarán de acuerdo con lo que escribo; debemos nosotros todos ganar la verdadera democracia, que la justicia sea igual para todos, que todos trabajen para ganarse el pan que se comen, nada de parásitos y aprovechadores, que la riqueza nacional sea para todos y no para unos pocos, o sea, que si hay un jamón que a todos nos alcance magra, corteza, tocino y hueso, pero no para unos la magra y para los otros el resto.

Con mi regreso a España, quisiera hacer cuanto esté a mi alcance para que con todas las personas de buena voluntad consigamos que nuestra España sea generosa y caritativa, alivie los sufrimientos de los desfavorecidos, que no haya rencores ni maldades ni más dictaduras y que vivamos en permanente paz.

Termino aquí mi libro, pero antes quiero pedirlos que propaguéis estos objetivos y os digo que yo

dedicaré mis fuerzas para conseguir una vida mejor, más justa y más feliz para nosotros y nuestros hijos.

Después de tantos sufrimientos y peligros (inmerecidos) me sentiré orgulloso de haber podido colaborar en la construcción de una España democrática de libertad y justicia.

¡Viva la libertad!

Un recuerdo inolvidable para aquellos mártires que cayeron injustamente luchando por una España mejor. Su lema era: hacer justicia, libertad, paz y fraternidad.

Sólo el día de mi muerte, dejaré de luchar por la democracia, por la libertad y por el bienestar del pueblo trabajador el cual, todo se lo merece.

FUNDACIÓN BANCO DE ALIMENTOS

Resumen.
Por todo lo que fué mi vida, mi
lucha, inmercidamente perseguido por
a criminal dictadura franquista por
solo el delito de tener mis ideas progre-
sistas y haber defendido la democracia
y la libertad, hoy, a mis 83 años, saco la
siguiente conclusión, que solo hay dos

Leandro LOZANO





Longinos Lozano

Nacido el 4 de julio de 1916

Los Cojos (Requena)

Casa-cuartel de los Isidros, 2014

4538



4541

4537



4540

4538



4541

4539



4542



4544



4543



4544



4545

4538



4539



56



4535

4536

4541



4542



4537



4538



4539

Cuadern

Pase al asociado n.º 1

Requena 12-12-1944

El Secretario,

Según hace constar el Teniente Jefe de la Línea de Chelva, D. CAYETANO MARTINEZ MUÑOZ, al hacerse cargo y firmar los contratos del Cuartel recientemente construido en la Aldea de los ISIDROS, ha observado que las ventanas de los pisos bajos carecen de rejas de hierro, lo que supone un peligro constante para sus moradores.

En su consecuencia espero de V. tenga a bien disponer que las citadas rejas sean colocadas con la máxima urgencia.

Al propio tiempo, como quiera que los contratos carecen del reintegro de 0'25 pesetas, ruegole igualmente se remitan a esta Jefatura cinco - timbres móviles correspondientes a los repetidos contratos.

Dios guarde a V. muchos años.
Valencia, 11 de diciembre de 1944
El Teniente Coronel, Primer Jefe

Índice

- I. Mi lucha contra la dictadura...6
- II. 18 de Julio de 1936...7
- III. Campo de concentración de Vallecas...7
- IV. La cárcel...8
- V. En celdas...8
- VI. De Alcalá de Henares al penal- fuerte de San Cristóbal(Pamplona)...8
- VII. En libertad...10
- VIII. Los maquis...19
- IX. La tortura...20
- X. Casa de Amparo...20
- XI. Llegada a Venta del Moro...22
- XII. Entrada en Utiel...24
- XIII. Valencia 19 de Agosto de 1946...24
- XIV. Mi vida de obrero...25
- XV. El pueblo sin escuela...25
- XVI. Mi vida de maestro...26
- XVII. Los domingos a misa...26
- XVIII. Mi salida del pueblo...28
- XIX. Estoy en Francia...30
- XX. La llegada de mi madre...31



“La imagen del pasado
amenaza desaparecer
con cada presente
que no se reconozca
mentado en ella”